

ECUADOR Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga, Fredy Rivera, Jaime Borja Torres, Marco Romero.

DIRECTOR

Francisco Rhon Dávila
Director Ejecutivo CAAP

EDITOR

Fredy Rivera Vélez

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del **Centro Andino de Acción Popular CAAP**, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 18

ECUADOR: S/. 29.000

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 6

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR S/. 10.000

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173 B, Quito - Ecuador

Fax: (593-2) 568452

e-mail: Caap1@Caap.org.ec

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

PORTADA

Magenta Diseño Gráfico

DIAGRAMACION

DDICA

IMPRESION

Albazul Offset

Quito-Ecuador, agosto de 1998

EDITORIAL

COYUNTURA

Nacional: Profundo deterioro de la economía e inciertas perspectivas / 5-19
Marco Romero C.

Política: A la búsqueda de la razón perdida / 21-34
Fernando Bustamante

Conflictividad Social: Marzo de 1998 a Junio de 1998 / 35-49

Internacional: Tendencias deflacionistas y recesivas se extienden desde el Asia a la economía mundial / 51-66

Wilma Salgado
Equipo Coyuntura "CAAP"

TEMA CENTRAL

La constitución de un Estado descentralizado / 67-87
Fernando Carrión M.

La autonomía: Entre la condena a lo local y el encanto de lo global / 88-93
Ramón Torres Galarza

Perspectivas del desarrollo regional en América Latina / 94-104
José Luis Coraggio

Desarrollo territorial y diversidad cultural: Los desafíos de la nueva economía / 105-118

Roberto Santana

Políticas de desarrollo local y pequeña empresa en Italia / 119-138
Hernán Ibarra

La economía de la proximidad / 139-142
Bernard Pecqueur

El empoderamiento: Desarrollo económico comunitario desde adentro hacia afuera / 143-162

Patricia Wilson

ENTREVISTA

Conversando con Michael Löwy / 163-172

Entrevista realizada por Jaime Massardo y Alberto Suarez

PUBLICACIONES RECIBIDAS

DEBATE AGRARIO

Notas sobre la visión de la economía neoclásica en el manejo de bosques / 181-192

Jeannette Sánchez

Seguridad alimentaria: La utopía en el mundo de la abundancia / 193-205

Florencia Campana y Fernando Larrea

ANÁLISIS

Culturas políticas e identidades colectivas populares urbanas. Los casos de Ecuador y Chile / 207-226

Tom Salman

Colonialidad del poder, cultura, y conocimiento en América Latina / 227-238

Anibal Quijano

CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

El fantasma del populismo, aproximaciones a un tema (siempre) actual / 239-242

Editor: Felipe Burbano de Lara

Comentarios de Rafael Quintero

Política:

A la búsqueda de la razón perdida

Fernando Bustamante

El Proceso electoral destinado a elegir un nuevo Presidente de la República ha concluido finalmente y el Demócrata-Popular Jamil Mahuad ha sido proclamado vencedor. Sin embargo, lo estrecho de su triunfo frente al candidato roldosista Álvaro Noboa, ha dado pie para un proceso de ansiosas reflexiones entre los analistas y políticos nacionales.

En efecto, la altísima votación obtenida por el Sr. Noboa parece, a primera vista, una aberración de la lógica. Todos los factores políticos normales permitan asegurar que el Alcalde de Quito debería haber vencido de manera abrumadora. La llegada misma del representante roldosista a la segunda vuelta era ya un hecho que desafiaba la comprensión inmediata de cualquier observador mínimamente distanciado.

En primer término, el Sr. Noboa se hacía cargo de toda la herencia de desprestigio público de la Administración Bucaram, de casi año y media de sostenida y casi unánime campaña de medios destinada a denunciar y ahondar en las tropelías y aberraciones de dicha Administración, y finalmente, de la hostilidad de todos los demás partidos

políticos significativos, sin excepción. Su candidatura se presenta inicialmente como una postulación "paria", que podía- en el mejor de los casos- servir para mantener unidas las acosadas huestes del Bucaramismo.

En segundo lugar, el propio Noboa no parecía un personaje especialmente representativo del "núcleo" interno duro del roldosismo. De hecho, sus relaciones con el séquito del ausente, fueron siempre ambivalentes y tensas, y no era claro como un super-millonario podía lograr presentarse como el mejor representante de una cultura política basada en la búsqueda de la identificación con el pueblo más pobre y "descamisado" de la Costa ecuatoriana. Hacer del heredero de una de las más grandes fortunas del Ecuador, el abanderado de los

miserables y excluidos, parecía a primera vista un verdadero y tortuoso "tour de force" político.

Durante la campaña propiamente tal, Noboa no reveló ser un candidato especialmente atractivo. Ni articulado, ni poseedor de la formidable capacidad histrionica y de proyección emocional de su amigo Bucaram, ni titular de modismos pintorescos o de una personalidad destacada; parecía una fácil presa para el ridículo y el desprecio.

A ello debe sumarse el hecho de que el Sr. Mahuad logró asegurar rápidamente el apoyo de todos los demás candidatos que participaron en la primera vuelta electoral de Mayo. Un apoyo en muchos casos tibio y a regañadientes, pero en todo caso claramente guiado por una prioridad elemental: evitar el retorno del roldosismo al Gobierno, con sus impredecibles consecuencias. En teoría al menos, una parte sumamente mayoritaria del caudal electoral (sobre todo en la Sierra), de estos partidos y candidatos debió ir a parar a las filas del candidato demopopular.

Finalmente, debe ponerse en el débito inicial del Sr. Noboa, el que al comenzar la campaña de la segunda vuelta, se había creado una imagen de triunfo inevitable en torno a la candidatura de su contendor. En general, la teoría política de los procesos electorales, asume la existencia del efecto llamado "del carro de la victoria". Cuando existe la difundida percepción del inevitable triunfo de un candidato, puede y suele ocurrir que incluso electores que no votarían -en otras condiciones- por dicho candidato, se vuelcan

hacia él a fin de evitar sentirse apoyando a un bando de antemano perdedor.

A pesar de todos los factores señalados, el candidato roldosista estuvo a punto de ganar la elección, logró un triunfo amplio en todas las provincias de la costa, y logró penetrar en ciertas zonas de la sierra, ganando solo en una provincia menos que su adversario.

A partir de la noche misma del 12 de Julio, los analistas han andado en búsqueda de explicaciones para esta anomalía -una más de las que regularmente asombran a los observadores supuestamente conocedores de la política ecuatoriana-. En las páginas que siguen intentaré realizar una discusión de a) ciertas conclusiones que parecen evidentes a la luz de los resultados y b) de las explicaciones que han sido propuestas para la gran votación del Sr. Noboa en ambas vueltas de las elecciones. Una vez realizada esta discusión, intentaré presentar mi propia interpretación, basada en los anteriores análisis.

Conclusiones "Evidentes"

En primer lugar parece innegable que el Ecuador está dividido en al menos dos sistemas electorales casi paralelos. La votación en la Sierra es casi la imagen en espejo de la votación en la Costa. Si el Ecuador consistiese en las provincias de esta última región, el partido roldosista hubiese ganado de manera clara y contundente, a la inversa, si el país fuese la sierra, el triunfo de Mahuad hubiese sido aún más apabullante. La estrategia electoral de los candidatos presidenciales parece inevitablemente obligada a orientarse

a tratar de sacar el margen lo más alto posible en su región, para compensar la inevitable derrota en la región de la cual no proviene el postulante. No parece arriesgado suponer que en el Ecuador existe una pluralidad de electorados totalmente diferentes, poseedores de culturas políticas, modos de organización, preferencias e intereses contradictorios y mutuamente ininteligibles. Esta alienación mutua de la costa y de la sierra tiene muy serias implicancias no solo en términos de las estrategias electorales sino de la gobernabilidad y legitimidad del sistema político.

En segundo término, se confirma algo que en ocasiones anteriores también había podido constatarse: que los partidos políticos tienen un control precario de sus seguidores y votantes. Si los partidarios de los partidos perdedores de la primera vuelta hubiesen seguido a sus líderes, una sencilla aritmética electoral hubiese dado al Alcalde de Quito una aplastante victoria con cerca de 20% de diferencia sobre su contendor. El que tal cosa distara mucho de ocurrir, indica que, sobretudo en la Costa (pero también, aunque en menor medida en la Sierra), los votos no son "propiedad" de los partidos, y ni siquiera de los líderes. Estos últimos no están en condiciones de transferir fácilmente sus adhesiones a terceros. La gente parece considerar sus preferencias con una fuerte independencia de la opinión del propio beneficiario de esa preferencia. Semejante conclusión tiene al igual que la anterior inquietantes consecuencias sobre los problemas de gobernabilidad del sistema político ecuatoriano y sobre cualquier conclusión que podamos sacar res-

pecto a los vínculos que unen a las élites con el electorado "llano". ¿Una muestra de desconfianza latente frente a las dirigentes?, ¿de una autonomía recalcitrante entre las bases? ¿de la cultura de la desconfianza y de la deslealtad? ¿de una pobre inserción orgánica de los partidos y empresas electorales entre los votantes? Sea como sea, el hecho es de que la transferencia de adhesiones funcionó bastante menos de lo esperado, y que después de la primera vuelta, los electores parecen haber tomado sus decisiones con bastante independencia de la opinión de los líderes por los cuales habían votado.

En tercer lugar, es preciso reconocer que hay una profunda esquizofrenia en la auto-consciencia política nacional, y en especial en la de las élites intelectuales. Es obvio que todos los factores de opinión que condenaban putativamente al roldosismo a los extramuros de la respetabilidad política, carecen de peso y de gravitación en las actitudes de grandes masas de electores (casi en la mayoría). Este fenómeno se da sobre todo con respecto a los votantes de la Costa ecuatoriana. Un ejemplo llamativo, es el de que la ex-alcaldesa Elsa Bucaram, elegida por los guayaquileños para ocupar un curul en la Cámara Nacional de Representantes. La administración municipal de la Sra. Bucaram es recordada como particularmente inepta, corrupta y desatendida. A pesar de ello, puede convocar más apoyo que el de muchos respetables políticos y dirigentes de esa misma ciudad (como la Sra. Joyce Higgins o el Sr. Ricardo Noboa Bejarano, hermano del candidato Vice-Presidencial triunfante).

Esta realidad aparentemente chocante, exige ser seriamente tomada en cuenta. Un año y medio de demonización y desprestigio no parecen haber hecho mella en la consciencia política de los electores, para quienes la asociación con los Bucaram simplemente no es un factor decisivo para rechazar o distanciarse de un determinado candidato. El estigma con el cual el roldosismo se ve recubierto ante la opinión pública pretendidamente articulada, simplemente parece no existir para una gran parte del electorado. Bucaram y su séquito no se presentan ante éste último como un fenómeno patológico de la política, muy por el contrario. Es inquietante pensar que, a la luz de los resultados electorales más recientes, el proceso de Febrero de 1997 debiera, tal vez, ser sometido a un segundo análisis. ¿Es posible que el electorado de la costa sea tan volátil que ahora no tiene inconvenientes en abrazar lo que repudió en esa ocasión, y que, a su vez, había aclamado en Julio de 1996? ¿Quién, en definitiva, derrocó a Bucaram? Lo que está en entredicho es la naturaleza, profundidad y alcance del movimiento de Febrero. La sabiduría convencional ha presentado a dicho episodio como un verdadero plebiscito nacional en contra de un Presidente aislado y despreciado por su interminable lista de desatinos. Aparte de los severos defectos doctrinarios que representa el invocar a unos comicios callejeros como expresión fidedigna de la voluntad ciudadana, cabe preguntarse por la composición social y regional de la resistencia directa al Bucaramismo, su lógica de movilización, su exacta representatividad, y su articulación con los

juegos políticos de las élites parlamentarias. ¿Será posible que el famoso movimiento de Febrero del 97 no haya sido -después de todo- sino un golpe de un sector contra otro sector? ¿Un exitoso motín de una mitad del país contra otra mitad que en esa coyuntura no pudo ni tuvo los medios tácticos para hacer sentir su presencia institucional y popular? ¿Cómo sino explicar el persistente atractivo del roldosismo, de sus estilos políticos, de sus dirigentes, que solo un año y medio después de su momento más oprobioso son capaces de obtener votaciones solo levemente inferiores a las de su líder máximo, y sobre los hombros de un candidato suplente sacado de la banca y que no es ni la sombra del gran hipnotizador de Panamá?

Lo anterior debe vincularse a una adicional reflexión sobre el tópico del carisma. Para los burlones observadores políticos de hace solo unos pocos meses, parecía inaudito pensar que un personaje como el Sr. Noboa pudiese pretender ponerse el manto de su mentor ausente. Ninguno de los rasgos caracteriológicos vinculados al magnetismo Bucaramista se podían encontrar en la gris, desmañada y pedestre persona pública del candidato roldosista. La sola idea de verlo en la tarima provocando en los asistentes verdaderos arranques de fervor pentecostal, resultaba poco menos que ridículo. Pues bien, este oscuro personaje fue capaz de provocar una marea electoral que casi ahoga al "establishment" político ecuatoriano. Creíamos saber que el carisma tenía un determinado rostro y unos determinados procedimientos y que el atractivo del Sr. Bucaram sobre su numeroso electorado se sostenía

en buena medida en esta representación (en el sentido escénico de la palabra). Al sostener, esto soslayábamos y ocultábamos la posibilidad que detrás de ese conjunto de trucos escénicos, operaran otras racionalidades, tanto o más decisivas, que les sirvieran de fianza y anclaje. ¿Es posible pensar que el Sr. Noboa y su grupo hayan logrado mover estos últimos mecanismos, los cuales, sin necesidad de show, o con un show muy artísticamente pobre hayan podido -de todas formas- provocar una alquimia electoral casi tan eficaz como la que generalmente ejecuta el Sr. Bucaram?

Parece necesario, entonces, indagar más todavía en las bases de las preferencias populistas del electorado de la costa y de algunos segmentos populares en la sierra, yendo más allá de la disección de los estilos de campaña y de los factores ligados a la personalidad de los candidatos. Sospecho que por esa vía descubriríamos la persistencia de mecanismos de lealtad y de adhesión muy estables, firmes y explicables dentro de la lógica de funcionamiento de una sociedad (o de unas sociedades micro-regionales), establecidas en torno a formas de reproducción social que no se parecen en nada a las imaginadas desde la experiencia vital de intelectuales estatales.

Es preciso decir unas palabras sobre el tema del valor de las encuestas y sondeos pre y post electorales. Estas encuestas una vez más demostraron una bajísima capacidad predictiva. Esto no puede excusarse diciendo que ellas pretenden dar una visión del electorado en un "momento" dado, a la manera de una fotografía fija. En reali-

dad, el interés de las encuestas radica en que esa fotografía permite anticipar algo de lo que podremos observar en un momento sucesivo. Si lo que observamos en un momento dado, nada tiene que informarnos sobre como será el objeto fotografiado en unos minutos más, ¿qué valor puede ello tener para alguien interesado en planear sus acciones futuras en base a la información así obtenida? La descripción entraña una forma condicionada de predicción. Y los políticos profesionales en la práctica así lo confiesan, al utilizar estos sondeos para planear sus campañas y orientar sus estrategias frente a la opinión pública. En muchos países, las encuestas suelen con frecuencia dar indicaciones útiles no solo sobre las preferencias del público en un momento dado, sino sobre las posibles tendencias evolutivas de esas preferencias. No son "bolas de cristal", pero si elementos que permiten aproximarse analíticamente a las dinámicas de la conducta electoral.

La sostenida incapacidad de las encuestas ecuatorianas para poder decir algo aunque sea cualitativamente consistente respecto a lo que pasará en una semana o a veces, en unos días más, revela un problema de fondo: en los países donde estos instrumentos se usan de manera más exitosa, existe un cuerpo de conocimientos básicos relativamente sólidos respecto a porque la gente vota como voto y porque prefiere lo que prefiere. En otras palabras, operan sobre una comprensión mínimamente adecuada de los resortes motivacionales, de las lealtades, preferencias, estructura de intereses y subjetividad del público al que interrogan. Este público a su vez, conoce de estos

instrumentos, los entiende de una cierta manera, está habituado a ellos y ha desarrollado frente a ellos su propia hermenéutica, que determina una forma cristalizada de relación "ética" entre encuestador y encuestado. Esta última es el resultado de un largo proceso histórico de reflexividad recíproca entre ambas partes. La encuesta no es una herramienta que puede llegar a implantarse sobre un cuerpo social cualquiera. El cuerpo social mismo y la herramienta se han desarrollado juntos en un largo proceso dialógico de mutua comprensión reflexiva. Ambas han aprendido a entenderse.

Tal cosa no ha ocurrido en Ecuador. En primer lugar falta mucha investigación social básica, conocimiento de la naturaleza de la subjetividad pública, de las formas de recepción y uso que los electores hacen de su relación con los organismos encuestadores, y del los sentidos en que estos instrumentos son insertados por parte de distintos tipos de públicos. La baja capacidad predictiva es síntoma de este vacío mutuo, de que entre votante y encuesta existe una relación e mutua exotividad y de que no "se saben mutuamente". En realidad, los sondeos en Ecuador sirven de poco porque no conocen los supuestos básicos de su relación con el público y no entienden que la encuesta más allá de ser una técnica "socialmente neutral", representa la cristalización histórica de unas formas de relación entre encuestadores y encuestados, la decantación de un proceso de conocimiento social y de co-constitución simbólica de las partes, como sujetos de un tipo determinado de discurso que es resultado final de un tipo específico de evolución social

única y particular, del que ambas partes son integrantes.

Los Intentos de Explicación

En el escenario del debate público se han hecho varios intentos por entender las razones de la fuerte votación obtenida por el candidato Presidencial roldosista. Quisiera proponer que estas explicaciones se agrupan en un número limitado de versiones, a saber: a) la tesis de los "avatares de la campaña" b) la tesis del "embrutecimiento del electorado" y c) la tesis del "voto regionalista" d) la tesis de la "desesperación popular". Pasaré a analizar cada una de ellas.

A) El gran caudal electoral recibido por el candidato Noboa, sería el resultado de una serie de eventos políticos ocurridos durante la campaña, que tuvieron la consecuencia más o menos no anticipada de beneficiar al PRE y de hacer cambiar a última la intención de voto de un gran número de electores. En particular se considera entre estos factores, la subida del precio del gas y ciertas revelaciones sobre la vida personal del candidato Mahuad.

De acuerdo con esta perspectiva, el colapso de la ventaja de este último resultó de la siguiente concatenación: a) la subida del gas provocó una gran indignación popular b) muchos votantes creyeron entender que de alguna manera Mahuad apoyaba la medida o había tenido algo que ver en la decisión de tomarla. O, recíprocamente, pensaron que el Presidente Interino Alarcón era partidario o cercano a Mahuad, y que su política expresaba alguna forma de consenso entre los dos. La ira contra Alarcón se reflejaría de rebote sobre

su presunto aliado. En consecuencia, c) muchos ciudadanos habrían decidido cambiar su voto a Noboa como forma de protestar contra el Gobierno y castigar a sus aliados, y, complementariamente, habrían visto en Álvaro Noboa un paladín de la lucha en contra por mantener el precio de este combustible en sus niveles anteriores. Se supone que Noboa habría logrado convencer a los votantes de la sinceridad de su crítica a la medida y de intención de revertirla si llegaba al poder.

En este punto es preciso hacerse algunas interrogantes. En primer lugar cabe preguntarse si es que el rechazo a la subida del gas provocó un desbande de los electores de Mahuad, de manera homogénea en todo el país. En caso contrario, vendría al caso, entonces, averiguar qué hizo que solo los sectores populares de ciertas partes fueran en especial sensibles al tema del precio del gas, o especialmente propensos a creer en la versión roldosista del "contubernio" Alarcón-Mahuad. Por otra parte, parece interesante preguntarse cómo logró Noboa asociar en la mente de ciertos electores, en ciertas partes (pero mucho menos en otras), la supuesta vinculación entre la DP y el interinato en torno a esta política? En realidad, un producto (y una explicación puede ser un producto), no solo debe tener vendedores, sino también compradores dispuestos a llevársela para la casa. Resulta en este punto de gran relevancia saber cuáles fueron las estructuras de verosimilitud y credibilidad que pudo y supo movilizar Noboa para lograr su exitosa maniobra discursiva. ¿Por qué mucha gente le quiso creer? ¿Quiénes le creyeron y quienes no y por qué?

El otro supuesto a examinar en esta propuesta de explicación, es el de que efectivamente, en segmentos masivos de ciertos electorados, el tema del gas es de tanta importancia como para haber sido el causante del cambio en las tendencias electorales. ¿Es verdad que la gente lo siente como algo tan vital? ¿Por qué?, ¿Qué valores y necesidades se articulan de manera tan especialmente sensible en torno a este producto? ¿Qué hace el que mantener su irrisorio precio sea tan moralmente vital para tantos presuntos electores? ¿Por qué este precio y no otros? ¿En qué tipo de economía moral juega un rol protagónico el tema del "precio justo" de ciertos productos, mientras que otros suben a diario y tales subidas son consideradas parte del orden "normal" de las cosas? Todas estas preguntas deben ser exploradas sistemáticamente si ha de hacerse una adecuada evaluación del mérito de estas explicaciones centradas en torno a los factores tácticos de la campaña electoral en la segunda vuelta presidencial. Por último, parece crucial entender la distribución demográfica y social de estas percepciones y sensibilidades.

En todo caso, es preciso subrayar que para que un fuerte segmento del electorado, sobre todo costeño, haya estado dispuesto a creerle fácilmente a Noboa que él era el mejor abanderado por la causa del "precio justo", era indispensable la preexistencia de una cierta disposición previa de este público para creerle y de unos mecanismos de verosimilitud que el candidato hubiese podido activar en ese público. Debe tenerse en cuenta que el propio Noboa había dicho explícitamente en el pasado que él estaba a favor de elimi-

nar el subsidio al precio del gas. No deja de ser un pequeño misterio, porqué los esfuerzos de su contendor por recordar este antecedente a los electores parecen haber fracasado, mientras que la más débil evidencia del apoyo por parte de Mahuad a la eliminación de tal subsidio, tuvo, presumiblemente, un efecto tan claro sobre las mentes de los citados electores: ¿Porqué la gente optó por creerle a Noboa que Mahuad era corresponsable de los aumentos de precios y no quiso creer o aquilatar la amplia evidencia documental de que Noboa, en su calidad de Presidente de la Junta Monetaria durante la Administración Bucaram, había propuesto y defendido similar medida?

B) Se ha planteado que la disminución de la ventaja de Mahuad en los últimos días de la campaña presidencial debe verse como el resultado de la perversa influencia de un "estilo de campaña" mal planteado. Este estilo estaría basado en el abuso de las herramientas del mercadeo político basado en encuestas y otros instrumentos sacados de las técnicas comerciales usadas por las empresas para convencer a los consumidores de adquirir sus productos. El error de Mahuad habría sido el de haber planteado su estrategia como una "venta de producto", renunciado a lo que presumiblemente podría ser la fuerza de su campaña, frente a su rival: el contenido programático, técnico e intelectual de sus propuestas. De esta forma, Mahuad se habría "bajado" a un terreno donde no podía hacer jugar a su favor las ventajas comparativas de su candidatura. Tratando de hacer mercadeo se habría puesto en un terreno donde su rival po-

día al menos igualarlo, y hasta superarlo. La pérdida de perfil de la campaña demo-popular, habría hecho menos evidente ante el electorado la intrínseca mayor racionalidad y calidad de la propuesta de Mahuad, y en cambio, habría dado ventajas al candidato que resultó tener un mejor equipo de publicistas. El electorado habría votado como lo hizo, a consecuencia de una especie de embrutecimiento del cual ambos equipos de campaña deben ser culpados.

El supuesto de este intento explicativo parece ser el de que una campaña de ideas, llevará probablemente a que las mejores de ellas se impongan al elector por la fuerza intrínseca de los argumentos asociados a ellas. Se supone, pues, un electorado racional y dispuesto a tomar sus decisiones sobre la base de una consideración reflexiva del discurso de los candidatos, y al mismo tiempo, se supone que existen maneras unívocas de determinar que discurso es más racional y cuales deben ser los rasgos de lo racional. Al margen del atractivo normativo que pueda tener una imagen semejante del espacio del debate público, debe hacerse la pregunta de si esta es la manera como operan los electores realmente y si la dinámica de las campañas electorales corresponde a la de un debate racional entre contrincantes interesados ante todo en discernir lo verdadero y lo prudente. Es preciso dudar de que el electorado sea una especie de tribunal racionalista y no un comprador movido por otras consideraciones ajenas al puro discernimiento argumentativo. La explicación ofrecida podría fácilmente ser víctima de tres ilusiones simultáneas:

de que lo razonable puede ser reconocido de manera no problemática ni ambigua por cualquier ser pensante, que el elector en trance de decidir su voto, está guiado ante todo por consideraciones racional-argumentativas, que decidirá su voto guiándose por el peso intrínseco de los argumentos, y, finalmente, que para cualquier elector así orientado, votar por Mahuad era la consecuencia necesaria y predecible.

Como puede verse, la explicación del resultado electoral, basada en una mala opción de estrategia electoral implica unos supuestos extremadamente fuertes, y que me parecen difíciles de sustentar empíricamente. Cada uno de los tres son vulnerables, y no se ha mostrado tampoco porque puede ser falsa una hipótesis inversa: que si no hubiese sido porque Mahuad recurrió al mercadeo político, el resultado hubiese sido un triunfo de Noboa. Es posible también que fuera el mercadeo lo que salvó a Mahuad de resultados que hubiesen sido aún peores si hubiese -platónicamente- recurrido a una campaña basada en la razón argumentativa. En suma, no está claro que los electores (o la mayoría de ellos) definen sus preferencias en función del contenido ideológico y programático del discurso de los contendores, no está claro tampoco que lo más razonable o racionalmente sustentado sea reconocible de manera clara e inequívoca por cualquier ser pensante (o sea, que cualquier persona imparcial y en uso de razón que sea expuesta a los argumentos de un candidato roldosista y a los de su contrincante demo-popular, deberá, por fuerza, reconocer la mayor fuerza racional de los del segundo. Lo que está en juego aquí es la

presunción de que el terreno de las ideas debía necesariamente favorecer al candidato Mahuad), y, finalmente no está demostrado que aún estando de acuerdo con una ideología o argumentación racional, un elector cualquiera vaya necesariamente a tomar ese acuerdo como base decisiva para decidir su voto.

C. El argumento basado en la noción del voto "regionalista" parece sumamente plausible a primera vista. De hecho, esta propuesta explicativa parece respaldada por una evidencia empírica bastante contundente: baste con examinar el resultado de los cómputos finales, provincia por provincia. Sin embargo quisiera sostener que en su forma habitual esta respuesta evoca más preguntas que las que resuelve. El eje de la cuestión estriba en determinar el sentido que debe dársele a esta brutal asimetría de las preferencias de los electorados de las distintas regiones. Lo que cabe ahora indagar seriamente, es la causa de esta segmentación. ¿Qué es lo que hace que los votantes le den el peso que le dan al origen regional del candidato a la hora de emitir su voto? Es preciso saber más sobre aquello que hace que un candidato de la costa por el solo hecho de ser costeño, pueda, al margen de cualquier otra consideración, obtener el voto que obtiene el Sr. Noboa. ¿A favor de qué votan los costeños y en contra de qué cuando están dispuestos a entregar su preferencia a un abanderado roldosista? Una pregunta similar podría hacerse respecto al voto serrano por el Sr. Mahuad.

En general se sostiene que la conducta política y electoral del votante

de la costa se halla fuertemente determinada por el tema del anti-centralismo. En esta perspectiva, el rechazo a candidatos de origen serrano o apoyados por partidos históricamente ligados a la capital, tiene el sentido de un rechazo a lo que se percibe como la incapacidad de las élites vinculadas al estado central para comprender y responder ante las necesidades de la población de la costa. El estado central con sede en Quito y la sierra son vistos como entes parasitarios, ineficientes, lejanos, irresponsables, opacos, conservadores y tradicionalistas que representan una rémora para los esfuerzos de una sociedad regional dinámica y trabajadora para lograr mejores niveles de vida y una más justa capacidad de auto-gobierno. Quito y la sierra son el eje de operaciones de unas élites burocratizadas, inertes e hipócritas que viven del país, en vez de servirlo.

El punto a destacar aquí es que lo central no es tanto determinar la veracidad de este sentimiento, sino las bases que le dan verosimilitud, o sea, las experiencias vitales que lo hacen plausible y que movilizan las energías afectivas del votante costeño, de una manera tan intensa y hasta virulenta.

Sean o no ciertas las acusaciones que se hacen en contra del centralismo serrano, la verdad es que sus efectos deben ser vividos por las personas a través de ciertas experiencias y que ellas deben ser interpretadas por ciertos liderazgos capaces de darles sentido y ofrecer este sentido como relato y explicación a los seguidores. Las experiencias no existen como

tales en bruto, se presentan ya elaboradas por agentes que tienen precisamente la función de darles una forma capaz de apoderarse de la imaginación del potencial seguidor. La gran pregunta respecto al populismo de la costa, estriba precisamente en entender por qué y de qué manera ese sentido común anti-centralista es elaborado, empaquetado y adoptado ("comprado") por los electores. Tal tarea ha venido siendo realizada sistemáticamente, sobre todo a partir de los tiempos de Guevara Moreno y del momento fundacional del CFP en Guayaquil, y precisamente por los partidos populistas. Tanto éxito ha tenido esta tarea que hoy en día ningún liderazgo político en la costa puede aspirar a tener éxito sino retoma por cuenta propia los mismos tópicos sintetizados por el fundador del CFP y sus seguidores. El populismo de Guevara Moreno ha triunfado en toda la línea, incluso a través de quienes para mejor oponérsele, han debido asimilar y hacer suyo su discurso y sus relatos.

Resulta crucial entender la experiencia vital que se articula y decanta a través de esta mentalidad que persiste y se ahonda a través de todos los avatares de las luchas por su control. Después de todo, la contradicción entre el social-cristianismo y el PRE en la costa (contradicción central de la política en esa región), puede ser vista como una prolongación de la disputa por la herencia intelectual y moral del populismo entendido como anti-centralismo, y por hacerse de las banderas de esa especie de patriotismo regional embarcado en una lucha re-dencial contra los agravios y extor-

siones de un "otro", que ayuda -por oposición- a establecer los límites y la identidad de la vida costeña.

En suma, se trata de saber por qué y como los electores de la Costa han venido a sentir la necesidad de dar una prioridad tan completa a la expresión del anti-centralismo en su conducta electoral (entre otras). Quisiera proponer una hipótesis:

La mencionada hipótesis busca dar un contenido sociológico-político al fenómeno que hemos estado discutiendo, y ella parte de la base de que lo que estamos viendo es el enfrentamiento entre dos sistemas de acción social y política, que se articulan en torno a principios, prácticas y valores contradictorios.

El populismo costeño expresa a una sociedad completa, no a un segmento de ella. Funde en un bloque histórico compacto a las élites y al pueblo, a los empresarios y a los marginales, a los asalariados y a los campesinos. Tras sus invocaciones a la rebeldía de los pobres debemos leer un código mediante el cual unas élites regionales convocan a la ciudadanía en la lucha contra un enemigo común: el Estado nacional centralista.

Los circuitos de reproducción de la vida social en la Costa se han constituido, en gran medida autónomamente en relación al Estado, allí el ejercicio de la dominación ha revestido tradicionalmente la forma de una relación directa, no mediada, entre los grandes "hombres" y sus séquitos. El cacicazgo rural y el clientelismo urbano han sido las dos modalidades dominantes de esta relación "patricia", entre un pueblo constituido como plebe, y unas capas dirigentes armadas como

una red de padres cívicos (patricios), que asumen directamente en sus manos la responsabilidad y el derecho de regular la vida colectiva. Esto se ha hecho no a través de mecanismos institucionales (burocráticos, racionalizados), sino por medio de amplias redes de relaciones personales o personalizadas, que tienen como centro vital a los grandes "padrinos" y sus cortes de deudos, parientes y dependientes. Esta modalidad, fusiona cohesivamente las instancias de poder social, económico y político, no permitiendo el desarrollo de aparatos especializados autónomos que desarrollen la profesión política como un oficio experto, independiente de las formas de vida "natural" de tipo familiar. Los Noboa, son a la vez grandes empresarios, una red clánica de poder social-familiar, y un foco de poder político. Otro tanto puede decirse de los grandes grupos costeños, y en especial de aquellos centrados en torno a la metrópoli guayaquileña: los problemas políticos de esta región, son, sin solución de continuidad, a la vez problemas de familia y problemas empresariales.

Esta formación político-social tiene -curiosamente- un sabor arcaico, "meridional" (en el sentido italiano de la palabra) y agrupa de forma un tanto incongruente, las actividades empresariales más dinámicas, modernizantes y "capitalistas" con las rutinas sociales y culturales más tradicionalistas. La costa es una zona del país donde se funden un extremo conservatismo social, ideológico y vital (que tiene, por ejemplo, una expresión en el riguroso "machismo" familístico tan característico y del cual Alfredo Adoum proporciona un ejemplo especialmente

crudo y desnudo) y un marcado progresismo empresarial, tecnológico y de estilos de consumo.

El mundo serrano es por completo distinto. Sobre todo a partir de los años sesenta, este se ha constituido en buena medida, a través de la mediación estatal y del esfuerzo centrado en la construcción de un mundo burocratizado, poseedor, al menos de las formas aparentes de la racionalización política. Sus principales partidos son antes que nada "partidos de estado" y desean ante todo convertirse en tales. Esto ha implicado la aparición de ciertos grupos de gestión "profesionales" que pueden tener dinámicas de acción relativamente autónomas de las estructuras familiares y empresariales. No pretendo exagerar el grado en que en la sierra se ha constituido la separación entre un Estado una sociedad mutuamente autónomas, pero, esto se ha producido en alguna medida. Este modo "estatal-burocrático" de gestión social, funciona con atisbos de una lógica moderna de segregación de sub-sistemas funcionales especializados, y permite la constitución de agentes sociales como movimientos, organizaciones y grupos de interés, y no solo como clientelas (aunque estas, sobre todo en provincias siguen jugando un rol importante). El modo estatal-burocrático estimula una incongruencia simétrica a la de la Costa: el desarrollo de un clima intelectual y moral mucho más progresista y liberal, y estilos de vida mucho más post-tradicionales, al menos en las clases medias y altas. Al mismo tiempo, sin embargo, la vida económica, y los estilos de consumo se "retrasan" y no alcan-

zan los niveles de modernismo que en la Costa.

Quisiera proponer ahora mi hipótesis: la lucha entre la Costa y la Sierra es la forma que toma la lucha entre dos formas de acción social: la Costa expresa un modo de vida patrio, centrada en torno a redes familiar-empresariales que dirigen directamente la reproducción de la vida colectiva. Un modo de vida que se constituye al margen y sin necesidad del Estado y que no requiere de una alta diferenciación funcional fuera de los ámbitos productivos. Esta sociedad es una sociedad de clientelas articuladas en torno a prácticas de redistribución filantrópica y personalista, donde la equidad se busca a través de la reciprocidad asimétrica y en la donación ostensible de los poderosos. En oposición la sierra (y Quito es especial), expresa una sociedad que incorpora modos institucionales de articulación, en torno a la figura de lo burocrático-estatal, y que, al menos en principio, tiende a construir relaciones predicadas en el universalismo de la ley y de regulaciones impersonales. Esta es una sociedad que se produce y reproduce apoyándose fuertemente en el estado y en organismos para-estatales, y donde las estructuras clánicas no juegan el mismo rol central que en la costa. Sus élites actúan mucho más a través de organizaciones dotadas de algún contenido de formalidad racional-burocrática, y por tanto han podido desarrollar estratos profesionales de la gestión pública y una intelectualidad estatal. Estos grupos son la base de las formas de hacer política que hallan en la DP y en la ID

sus hasta ahora más logrados modelos prácticos. En suma, la sociedad andina y quiteña, pueden producir políticos tecnócratas como Jamil Mahuad, mientras que la Costa produce padres de familia como Álvaro Noboa o Abdalá Bucaram. La lucha entre sierra y costa es entonces, la lucha entre dos sociedades y dos formas de concebir y experimentar la vida social. Es una contradicción entre la política de la presencia y el compromiso personal de un jefe de carne y hueso, y la política post-tradicional que se encuentra localizada en lo impersonal, en lo institucional, en los procedimientos, en las formas y en la racionalización desencarnada de las relaciones humanas. Finalmente se trata de la incompatibilidad entre dos formas de sentir y ver la presencia.

D. Para terminar solo me queda hacer referencia -aunque sea breve- a la tesis de la "desesperación" popular, y lo haré muy sucintamente. El voto roldosista sería la expresión de la extrema privación de grandes masas empobrecidas de votantes, que a través de dicho voto expresarían 1) su rechazo y protesta contra un establishment incapaz de resolver sus problemas más acuciantes y 2) su convicción de que solo es posible confiar en un candidato que sea capaz de ofrecer prestaciones "concretas", visibles y tangibles, frente al escepticismo que el incumplimiento de otras esperanzas habría traído consigo.

Esta explicación supone que el voto roldosista es el voto "del hambre". A esto habría que hacer simplemente un par de observaciones: en primer lugar, sería preciso determinar con más exactitud como y porque es

que el votante carenciado puede llegar a la conclusión de que su suerte estará mejor con el roldosismo, esto parece trivial, pero en materia de ofertas y de invocaciones al "dolor del pueblo", los Bucaram no tiene el monopolio. Es preciso saber que es lo que los hace más creíbles que otros para esa parte de la población. Por otra parte, necesitamos más información fidedigna sobre la composición socioeconómica de los votantes del Pre y de Álvaro Noboa. El hecho de que ellos invoquen a los más pobres, no los hace necesariamente más atractivos a los más pobres. Después de todo Noboa y sus amigos se encuentran entre la gente rica de este país. En segundo término, si es verdad que el voto por Noboa es un voto de protesta anti-élites, habría que preguntarse como es posible que un partido y unos personajes que han sido parte del centro de esas élites y de la política nacional en los últimos veinte años, y que son cualquier cosa menos "outsiders", puedan captar las preferencias de votantes presumiblemente hartos de esas élites y de esa política. Hay aquí una incongruencia que requiere explicación. Tal vez en la clave sugerida más arriba, esto puede tener un poco más de sentido.

En efecto, tal vez la protesta incorporada al voto roldosista, no es la de unos pobres contra unos ricos, ni los de unos "marginales" contra unos "insiders"; sino la expresión del rechazo de una sociedad de clientelas personalizadas, en contra de una sociedad de aparatos impersonales y ausentes. Lo que protesta en el voto de Noboa, es una forma de asociación que agrupa a unos ricos y a unos po-

bres en contra de la política entendida como razón "fría", como estado-racional.

Por ponerlo un poco metafóricamente, es la guerra de Don Corleone contra Max Weber. Las masas costeñas apoyan y defienden a sus "padrinos". Creen que ellos son confiables y se sienten parte de una cruzada con ellos, en contra de un mundo empapado de lejanía, de ausencia, de reglas incomprensibles, de prestaciones impalpables, de funcionarios sin cara, de razones sin vida, de exacciones vacías. Un mundo, como es el de la política entendida como técnica racional, que se lleva el tiempo y el espacio a un lugar lejano e ignoto. Quito es solo el símbolo de esa lejanía y de ese "otro" tiempo donde el poder no se ve, ni responde. El cacique y el padrino no proponen programas: resuelven problemas; están allí, son hombres que responden, con una forma concreta y carnal, con una biografía accesible a

todos, con una capacidad para lo tangible, que es de este tiempo y de este espacio. Des-centralizar es corporizar. Quisiera, para terminar, sugerir que el voto protesta, puede seguir siendo un útil concepto analítico, en el presente momento, pero que es preciso redefinir profundamente qué es aquello contra lo que se protesta y la naturaleza de la protesta. En la costa ella une a ricos y pobres, marginales y centrales, añados y pobres diablos en un enfrentamiento en contra de la política entendida como sistema experto, como política de estado. La política de las élites intelectuales es una política de orfanatos no de familias, y los pobres, sobre todo de la costa, se sienten niños que quieren padres y no gerentes administrativos. El genio de roldosistas y social-cristianos es haber logrado hacer de la figura del jefe, la figura de ese padre tradicional y cercano, de la que el pobre-huerfano hace el centro de su hogar cívico.